

# Crítica de libros

Por Eleazar Huerta

CON UN lenguaje de grandes y violentas imágenes, heredado de la moda neobarroca, pero con una depuración que le da ternura suave y femineidad, Olga Acevedo emprende un viaje, en su libro "Las Cábalas del sueño". Se trata de ir a un más allá, por círculos planetarios donde sufren sus pruebas y se depuran las almas terrestres, en busca del alma gemela que espera.

Como un Dante del espiritismo, la autora recorre comarcas extrañas, guiada siempre por la esperanza y el amor. Y nos va describiendo sus paisajes, sólo y desnudamente los paisajes, en un lirismo del que ha sido abolida la referencia concreta a otros seres que no sean el alma viajera, que sueña, y la otra alma amada.

Tras el primer canto, que es a manera de introducción, empieza el enorme viaje. El alma va como una luciérnaga trasnochada, sola en la noche. Aullidos, relámpagos, llanto, hasta la aparición del alma bienamada "con la gran cruz del iniciado". Después el infierno, en verdad: lava hirviente, torrentes de alas ciegas despeñándose. "No reconozco rostro ni habla alguna. Sólo veo fantasmas enloquecidos con los ojos vendados", nos dice la viajera. Pero la lámpara crepuscular, aun no extinguida, permite seguir adelante, "para alcanzar tu estrella".

Por fin, el arribo a círculos más alegres: niños rosados, coros jóvenes, altos árboles reaparecidos, lejos ya del "mar muerto de los muertos".

Ahora la viajera canta: "Somos los brillantes peces renovados, discurrendo silenciosamente por entre mares de amapolas y destellos sonoros". Inevitablemente, nos acordamos de Walt Disney, y su "Fantasía". El paisaje es muy concreto. La metáfora literaria se hace "realista", anotación de algo que se ve y se oye:

"Qué delgados los lejanos rumores del pasado, y qué finos anillos de Saturno en el agua dormida".

"Hacia Dios y contigo siempre, oh alma hermana".

El último canto, el IX, es un himno jubiloso al amor y la fuerza creadora, a la luz que "viene de Oriente".

El contraste entre las imágenes desmesuradas y el sentimiento ingenuo, casi infantil, se resuelve, pues, en esperanza. No hay hondura filosófica pero los versículos suenan melodiosamente y la fantasía es pulcra, a falta de verdaderamente original.

oOo

Carmen Avalos, en los poemas que titula "Noche transfigurada", se orienta, en cambio, hacia el presente de sí misma, cuya raíz busca.

Encuentra que es múltiple, verdad contradictoria de esencias y equilibrio de tiempos, y avanza en su introspección y en verse desde fuera como ajena a sí misma.

El descuido formal es más aparente que verdadero. Los párrafos compuestos como prosa se integran, casi siempre, de rigurosos alejandrinos, y alguna figura de prosaísmo deliberado —"alacena de mi alma llama al recuerdo, "baraja de gestos y de voces" a los momentos evocados— parecen más bien el eco del lenguaje teresiano que otra cosa.

Algunos poemas —"Entrega", "Fusión"— rompen la unidad sentimental del libro con su encendido erotismo.

Tras este paréntesis, se vuelve a una "Paz" y una "Complacencia" al contemplar la pluralidad del yo, compendio de la estirpe, y la belleza de la creación, cuyos aspectos humildes y pintorescos se ponen a la par con los altos y puros: "las casas" alineadas, "los perros que huelen el estiércol", las "ferias multicolores", las "frutas y las legumbres".

"¡Qué prodigio en cada cosa, en cada objeto, y en las manos de los alfareros!", resume la poeta.

Poesía que recoge un momento de serenidad, juventud y conformismo, desemboca en una didáctica sensata: "No te adelantes al mañana. Vuelve tus ojos al pasado, y allí encontrarás los enigmas y sus respuestas".

E. H.

OLGA ACEVEDO

## Las Cábalas del Sueño

POEMAS

Nacimiento

CARMEN AVALOS

## Noche Transfigurada

POEMAS

Nacimiento